

13. Perdurar en la esperanza

Para San Benito, esta búsqueda que aguarda es la sustancia de la vida monástica y, por tanto, de la vida cristiana que la vida monástica desea vivir con esencialidad. San Benito se pregunta si el novicio “de veras busca a Dios,” (RB 58,7). Y cuando habla de la virtud de la paciencia que todo lo soporta, y así da sentido positivo a toda experiencia, a todo esfuerzo, gracias a Cristo crucificado y resucitado, la hace coincidir con la espera del Señor: “*Sustine Dominum* - espera en el Señor”. El mismo verbo latino, *sustinere*, repetido varias veces en el cuarto grado de humildad, que consiste en soportarlo todo por amor a Dios, significa al mismo tiempo “soportar” y “esperar” (cf. RB 7,35-43). Lo que se soporta son las experiencias negativas de la vida, pero lo que se espera es la venida del Señor. Es como si San Benito quisiera decirnos que los trabajos que soportamos con paciencia se transfiguran en perseverante espera del Señor, son la encarnación de la espera del Señor, y por tanto de la esperanza en Aquel que viene a liberarnos, a consolarnos, a llevar con nosotros las cargas de la vida. Los que aguantan esperan, esperan y logran aguantar precisamente porque su fatiga tiene el sentido de la espera, tiene la tensión de la espera, la energía amorosa de la espera, es decir, está impregnada de fe y de esperanza en un Otro que viene a salvarnos.

Cristo ha venido, viene ahora y vendrá al final de los tiempos precisamente para dar a toda la experiencia humana el sentido y el significado de la espera y, por tanto, del encuentro con Él. Cristo es el Esposo que viene, que viene a nuestro encuentro. El sentido de la espera es el encuentro que le da plenitud.

Recientemente, en *Notre Dame des Neiges*, el monasterio que los Trapenses donaron a nuestras monjas de Boulaur para hacer una fundación, monasterio que fue la comunidad en la que Charles de Foucauld entró como novicio, y donde más tarde volvió para prepararse a la ordenación sacerdotal, pude celebrar con el cáliz de San Carlos de Jesús, y descubrí que en el pie del cáliz está escrito: “*Ecce Sponsus venit* - He aquí que viene el Esposo”. La Eucaristía es la anticipación del encuentro que espera toda expectativa humana.

En efecto, es la venida de Cristo la que crea, la que suscita en nosotros el sentido de la espera, de la esperanza que da sabor, fervor y plenitud a la vida. Como sugiere el profeta Isaías: “Antes de que me llamen yo les responderé, aún estarán hablando, y ya los habré escuchado” (Is 65,24). Es porque Dios se da primero que el corazón humano lo busca. Es el Eterno Dios, en efecto, quien crea en el corazón humano, más aún: con el corazón humano, la espera de Él. El Eterno crea el tiempo para crear el espacio de espera de Él.

Es el propio corazón el que da testimonio de esta realidad. El pecado, sin embargo, engañó al tiempo y a la eternidad, porque engañó al tiempo de la espera de Dios. La mano de Eva y Adán, queriendo coger inmediatamente una autorrealización alternativa a Dios, rompió el sentido del tiempo, el significado del tiempo, la belleza del tiempo, porque traicionó la espera de Dios.

El pecado original fue un aferramiento inmediato, fue una reducción del anhelo del tiempo por lo eterno a un “*main-tenant*”, a un “mantener en la mano” el fruto arrancado, sin esperar al Señor que tarde o temprano nos lo daría, que nos lo daría como encuentro con Aquel que nos lo da todo. “El que no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él?” (Rm 8, 32). Nosotros, del Padre, podemos esperarlo todo, porque ya nos lo ha dado todo en su propio Hijo amado.

Con el pecado, el tiempo ha perdido la plenitud y la belleza de ser un espacio de espera para que el Dios que nos crea nos atraiga hacia Él. Dios, después del pecado, viene a caminar por el jardín, es decir, el Eterno se expresa en el tiempo, da pasos en el tiempo, y aquí descubre que el tiempo para el hombre y la mujer ya no le espera. El hombre ya no sale a Su encuentro: el tiempo para el hombre ya no se esfuerza por encontrarse con su Creador. El hombre ya no vive el tiempo para encontrarse con el Señor; ya no lo vive velando para esperar al Esposo. El tiempo de la vida humana pierde así su sentido, como si camináramos sin rumbo por un desierto.

¿Qué hace entonces Dios para llamarnos de nuevo a esperar a Aquel que da sentido a la vida? Dios permite que la fatiga, el dolor y la muerte entren en la experiencia humana: la fatiga del trabajo, el dolor del parto, la muerte que rompe el tiempo humano (cf. Gn 3,8-19). La fatiga, el dolor y la muerte desenmascaran la ilusión de poseer el tiempo, el sentido del tiempo, el valor del tiempo, es decir, el sentido y el valor de nuestra vida. Es una experiencia negativa, por supuesto, pero también positiva, porque el hombre puede descubrir, y Dios no dejará de revelárselo, que la fatiga, el dolor y la muerte pueden ser oportunidades para redescubrir el verdadero sentido del tiempo de la vida. El hombre puede descubrir que la fatiga, el dolor y la muerte, si se experimentan de nuevo en la espera del Señor que nos ama y nos crea, pueden convertirse en signo y experiencia de lo eterno. No sólo experiencias en las que el tiempo nos es arrebatado de las manos, sino ocasiones en las que el tiempo puede ser dado, ofrecido; en las que el tiempo de nuestra vida puede mendigar con las manos vacías al Eterno que nos ama y nos crea incluso después del pecado, es más: especialmente después del pecado. Con las manos vacías, es decir, con las manos que ya no agarran, que ya no son las garras de un ave de rapiña, sino la expresión de la aceptación de un don.

Éste es, al fin y al cabo, el descubrimiento del amor, de la caridad: que la fatiga, el dolor y la muerte que experimentamos en el tiempo pueden convertirse en espacios de ofrenda que afirman a un Otro, y por tanto en formas intensas de espera de Él; tan intensas como para coincidir con la experiencia del Eterno, del Eterno TÚ.